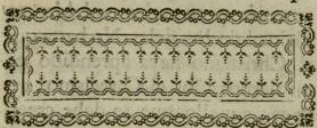


NOTA.

Advierte el Traductor de esta obrita á los lectores, que tengan su traduccion antecedente de la *Fuerza de la fantasia humana*, que corrijan en el cap. 17. pag. 297. lin. 3. la expresion en que por error inadvertido de imprenta se dice (hablando del alma racional): *espíritu material*; pues ademas de ser contra la mente de su Autor, y Traductor, es proposicion implicatoria, y herética; y en su lugar leer *espíritu inmaterial*.



CAPITULO I.

*De la necesidad, y utilidad
de predicar la palabra
de Dios.*

No hay quien dexé de conocer que entre los mas importantes estímulos, y alimentos de la vida christiana, es uno el oír con frecuencia las leyes, los consejos, y las instrucciones de nuestra santa Religion, sacadas de las Divinas Escrituras, principalmente del Nuevo Testamento, y juntamente lo que la Iglesia de Dios manda, ó

aconseja perteneciente al bien espiritual de los fieles. No basta que el Christiano haya aprendido en sus tiernos años el Catecismo, esto es, aquello que se debe creer, hacer, ú omitir para conseguir á su tiempo la vida eterna; es necesario ademas, á lo menos siempre es útil, que se le recuerde su profesion, se le manifiesten, y repitan las máximas del Evangelio, y que se llame á su alma á cuentas para hacerle conocer si corresponde, ó no á la profesion del Evangelio, y al fin para que Dios le ha echado al mundo. Notad el estado presente de nuestra alma. A la manera que todo cuerpo sobre la tierra camina ácia abaxo, así tambien el alma se dirige al cuerpo, camina ácia la tierra, y siente cierta continua inclinacion á las cosas

de la presente vida. Llega la Religion á instruir al alma, quiere elevarla á Dios, á la contemplacion, al deseo de los bienes celestiales, y de la vida eterna. Alza verdaderamente el alma de todo buen fiel poco, ó mucho sus vuelos á aquel dichoso fin, concibe buenos pensamientos, y santas resoluciones, y conoce, que la Ley misma de Dios se estableció para nuestro bien estar, y vivir tranquilamente aun en esta habitacion terrena. Mas de allí á poco, llevada como insensiblemente ácia lo infimo por un interior peso, no piensa sino en las cosas terrenas, en los placeres, riquezas, y honores, de suerte que ya parece no se acuerda mas de los bienes mayores, que Dios nos promete, llegando muchos de nosotros al extremo de pisar las

4 *Ventajas de la*

leyes, y llamamientos del mismo Dios, por el deseo de satisfacer á los malvados antojos de nuestra mundana concupiscencia. Y no solamente los malos necesitan de quien les haga conocer vivamente la infelicidad de su estado, y les mueva á mudar de vida: no solamente los buenos Christianos necesitan de quien les avise de los peligros, de las poco advertidas transgresiones de la santa ley, y les excite á caminar por las sendas del Señor; sino que aun los mismos Santos, si desean permanecer firmes, y perseverantes en el amor de Dios, en la feliz esperanza de una vida mejor, y en el ejercicio de las virtudes, deben freqüentemente recordarse á sí mismos lo que Dios exige de nosotros, y conduce al dichoso fin de los Chris-

Eloqüencia popular. 5

tianos, meditando las sacrosantas instrucciones de las divinas letras. No le basta al Christiano el saber lo que se ha de creer, lo que guia al Reyno de Dios, ó nos aparta de él. Conviene ademas, ya oyendo con freqüencia á los Predicadores de la divina palabra, ya leyendo los libros sagrados, ó compuestos por los Maestros de la piedad, ó finalmente meditando las verdades celestiales; conviene, digo, avivar nuestra fé, excitar nuestra adormecida esperanza, y estimular á la voluntad á testificar á Dios nuestro amor con la práctica de las buenas obras, y la omision de las malas. ¿Hay cosa mas cierta que nuestra muerte? Pues con todo hu-ye de nuestra consideracion; y vivimos y procedemos como si jamas hubiésemos de morir, y por

consiguiente tenemos necesidad de que se nos diga , y se nos repita esta verdad con todas sus resultas. Nuestra alma es arrebatada con exceso de las cosas presentes , y sensibles ; mas las distantes , y especialmente las invisibles , y espirituales huyen con facilidad de nuestra consideracion.

El Apostol nos manifiesta la fiera corrupcion de costumbres, que reynaba en los Pueblos gentiles. Nadie se maravilla de ella, pues el culto de los falsos , y soñados dioses , ensuciado con las fábulas de los Poetas , justificaba la gravedad de los vicios populares. A lo que se agregaba , que ninguno hablaba jamas al Pueblo para darle á entender la hermosura de las virtudes , y la fealdad de las operaciones viciosas. Es verdad

que no faltaban ya en aquellos tiempos Filósofos , que trataban largamente de las virtudes , y de los vicios ; pero ademas de que no habia entre los Paganos Filosofia alguna , que no contuviese alguna sentencia desordenada , ó perversa , toda su doctrina estaba encerrada en las escuelas , y en los libros , y ninguno la predicaba al Pueblo. Mas procediendo la ignorancia de conformidad con la malicia, multiplicaba las iniquidades. Por el contrario solo los antiguos Judíos profesaban la verdadera Religion enseñada por Dios ; la estudiaban en los divinos libros ; tenían Profetas , y Maestros , que se la explicaban , y repetian , y era costumbre en sus Synagogas exhortar freqüentemente á la observancia de la ley. Mayor solicitud que

esta se advierte en los primitivos Christianos, como se conoce por los Actos de los Apostoles, y por la Apología de San Justino Martir. Era officio de los Obispos el exponer al Pueblo las Divinas Escrituras, y las obligaciones en que se constituye el que quiere seguir el Evangelio. No pudiendo los Obispos, succedian en este importante empleo los Sacerdotes. Por lo que toca á los primeros tenemos algunas Homilias de los Santos Hypólito, y Cipriano, y despues en los siglos quarto, y quinto los Santos Basilio, Gregorio Niseno, Gregorio Nacianceno, Anfilochio, Ambrosio, Gaudencio Obispo de Brescia, Augustino, Leon Primero Papa, Zenon Obispo de Verona, Cirilo Alexandrino, Pedro Crisólogo, Máximo

Obispo de Turin, y otros muchos. Tambien entre los Sacerdotes expositores, y predicadores de la divina palabra fué famoso Orígenes, y entre los Diáconos San Efrén Syro; y San Juan Crisóstomo comenzó siendo solo Sacerdote la tela de sus insignes Homilias, y la concluyó siendo ya Obispo. Este uso duró hasta los tiempos del celebradísimo Pontífice Gregorio Magno, cuyas Homilias, ó por mejor decir Sermones, están llenos de jugo espiritual, y aun todavía proviene de ellos grande impulso, y fomento á la piedad. Succedieron despues en la Italia unos tiempos calamitosos á causa de los bárbaros, que la dominaron. De aquí tomó gran pie la ignorancia, y por el espacio de muchos siglos fueron rarísimos los Obispos, que alimen-

taron á sus Pueblos con la palabra de Dios, limitándose á los Párrocos, privados por lo comun entonces de ciencia, el cuidado de dar la mejor instruccion posible á sus ovejuelas. Entonces fué quando por falta de este saludable nutrimento se resfrió la piedad, y crecieron los vicios, hasta que nacieron las dos Ordenes de Predicadores, y Menores, que se aplicaron con fervor á esparcir entre los Pueblos de la Italia, ya desde el púlpito, y ya en las Misiones, la semilla del Evangelio. Mas hallaron ellos de tal modo radicadas las perversas costumbres, tan alterados los ánimos por las facciones Güelfa, y Ghibellina, y por las guerras civiles, que las ya gangrenadas llagas hicieron demasiada resistencia al caritativo zelo de aque-

llos buenos Médicos. Por fin solo se comenzó á mudar systema poco antes del año 1500 mediante el favor de otras Ordenes Religiosas, que se agregaron á las antecedentes en la Iglesia de Dios, y luego por el esfuerzo del siempre bendito Concilio Tridentino.

Vióse pues reflorcer por todas partes el Catecismo, multiplicarse las pláticas, y sermones para instruir bien á los Fieles en quanto conviene practicar, ó huir. Se añadieron los ejercicios espirituales, las sagradas Misiones, y otras varias, y santas invenciones, destinadas todas á hacer buenos á los malos, y á fortificar á los buenos en el camino de la salvacion. De aquí procedió principalmente el presente estado de la Iglesia Católica tan loable por la disminucion

de los vicios, y por el aumento de las virtudes. No porque se haya secado el manantial de los pecados, pues buenos, y malos, grano, y paja, siempre se hallará en la Iglesia de Dios; sino porque en comparacion de los siglos bárbaros merece en el día la Viña del Señor llamarse mas gloriosa, y mas fecunda de virtudes. Tierra es esta (como todos saben) de tentaciones. En nuestros miembros, y en nuestro corazon se siente una ley contraria á la de Dios, la qual continuamente nos incita á los placeres ilícitos, al amor desordenado de adquirir haberes, á la soberbia, á la venganza, y á otras muchas, y perversas pasiones. ¿Cómo se ha de resistir á un tropel tan grande de enemigos interiores? Por esto es necesario que se predi-

que á menudo á nuestros corazones la voz de Dios por medio de la de los sagrados Oradores, ó de los libros santos: que se nos ponga, y se nos vuelva á poner delante de los ojos su ley, y se nos haga palpar, que esta es la que nos guía á la verdadera felicidad, no solo de la futura, sino aun de la presente vida, en lugar de que los vicios, y desarregladas pasiones tarde, ó temprano nos conducen á la infelicidad. Sin el auxilio, y uso de estas armas sería de admirar, que la devocion se mantuviese en su vigor, y que no fuese de mal en peor el que una vez comenzó á beber el caliz de la iniquidad. Por esta razon, escribiendo el Apostol á Timotheo, y juntamente á los Obispos, y Sacerdotes decia (a): *Tē*

(a) *Epist. 2. ad Timoth. cap. 4. v. 2.*

Ventajas de la
mando que prediques la palabra
de Dios segun las ocasiones , y aun
importunamente fuera de las oca-
siones ; corrige á los extraviados ;
suplica á todos por las entrañas de
Jesu-Christo , que atiendan á lo
que mas importa , que es la salud
de sus almas ; grita contra los vi-
cios con toda paciencia sin cansarte
jamas ; é instruye al Pueblo en to-
das las doctrinas del Evangelio.
 ¡ Grande mérito para el que se em-
 plea en este santo exercicio ! ¡ Gran-
 de utilidad para el que gustosa-
 mente concurre á aprender lo
 que no sabe , ó á experimentar re-
 imprimirsele , y fortificársele en
 el alma lo que sabe , pero que con
 toda facilidad se olvida , ó acaso
 no hace en nosotros impresion al-
 guna ! Vamos pues á inquirir qual
 sea el modo mas eficaz de expli-

car , y reiterar á los Pueblos la di-
 vina palabra , pues su fruto de-
 pende primeramente de la interior
 inspiracion de Dios , y ademas del
 modo con que las verdades evan-
 gélicas se comunican á los oyentes.

CAPITULO II.

De las dos Eloqüencias con que
se puede predicar la palabra de
Dios , es á saber , la sublime , y la
popular.

La Eloqüencia , ó Retórica de
 los sagrados Oradores se puede lla-
 mar Arte de bien hablar , para per-
 suadir , ó disuadir alguna cosa , pres-
 cindiendo por ahora de tratar de
 su oficio en alabar , ó en compo-
 ner panegíricos. Es de dos mane-
 ras , á saber *sublime , y popular*. Los
 profesores de la primera , como es-

tudiosos de las reglas de la Rhetórica, establecidas por insignes Maestros, forman segun arte todos sus Sermones. Preparanse (digamoslo así) para la batalla con un exórdio estudiado: entran despues en el campo, como con otros tantos ordenados batallones, con los argumentos, y razones poderosas para vencer el entendimiento, y ánimo de los oyentes; y en fin, con la fuerza de inventiva intentan moverlos á que se den por vencidos. Hállase en sus discursos abundante doctrina teológica, y moral, sutiles, é ingeniosas reflexiones, flores de agudezas, pomposas amplificaciones, un estilo elevado, y superior al regular, períodos muy rotundos, freqüentes tropos, y figuras; en una palabra, todo aquel grande aparato, que los

antiguos Oradores profanos usaban en las causas deliberativas, ó judiciales. No dexamos de oír freqüentemente sermones tan relevantes, y aun advertimos, que se dan á la luz algunos de ellos, se admiran, y con razon. En el siglo próximo pasado prévaleció verdaderamente en muchos sagrados Oradores aquel exceso, que los sabios desprecian en la Arquitectura, á saber, la demasia en los adornos. Iban entonces á porfia los Predicadores Evangélicos en la profusion de conceptos, aunque falsos, en la vanidad de las metáforas, en floridas semejanzas, y descripciones, en reflexiones galantes, ó agudas, todas afeytes, coloridos, y apariencias, que no adornaban, antes bien confundian la natural hermosura de la palabra de Dios.

Ya mucho tiempo hace, que está desterrado de los sagrados pulpitos este malísimo, aunque ingenioso gusto, y ha vuelto á seguirse el sabio, y sólido modo de anunciar al pueblo las sagradas instrucciones del Evangelio, de tal suerte, que si se halla todavía algún sectario de aquellos vanos fantasmas, ó ridículos esfuerzos de ingenio, no logra hoy otra cosa que menosprecio, y compasion. Mucho debemos en este particular al célebre P. Pablo Sérier el viejo.

Llamamos, pues, *Eloqüencia popular*, á aquella con la qual los Ministros de Dios sabiendo sujetar su ingenio al entendimiento regular del pueblo, le hablan de tal modo, que si no la gente rústica, é incapaz, todos comprehenden, ó pueden comprehender sus pala-

bras, y sentimientos; y como si se hubieran puesto á conversar familiarmente con los que los oyen, usan de un estilo acomodado á la comprehension de todo su auditorio. Puede ser escabrosa, puede ser profunda la doctrina que proponen; pero qué hacen ellos? La explican, la desmenuzan, la hacen palpable, y haciéndose la cuenta de ser uno de aquellos, que no han estudiado siquiera una letra, y están presentes á oírlos, manejan de tal suerte aquella profunda materia, que se hace manjar agradable aun de los mas limitados entendimientos. No se hallan ya en la tela de sus discursos largos, y enredosos períodos, que fatigan al auditorio, obligado á demasiada atencion para retener el contexto de encadenamiento tan largo de palabras,

cuyo principio se halla muy distante del fin; sino que se sirven de pequeños miembros, ó bien de aquellos discretos, y breves períodos, de que se forma la conversacion regular aun entre la gente noble. No hacen ostentacion de sentencias agudas, para cuya inteligencia se necesita de la interpretacion, ó conviene que el oyente penetrante supla con su ingenio lo que no ha querido explicar el Orador. En una palabra; todo el que se aplica á la Eloquentia popular, maneja su asunto con tal juicio, que tanto el ignorante, como el docto, pueden sacar gusto, y utilidad. Esta Eloquentia puede exercitarse con Sermones estudiados, y aprendidos de memoria. Tambien hay muchos que la exercitan sin union alguna de sentidos,

y palabras, sin cansancio de la memoria, esto es, exponiendo las instrucciones Evangelicas solo con su natural facundia.

CAPITULO III.

Que el Predicador debe adaptarse á la capacidad de los oyentes.

No intento yo aquí disminuir el mérito, y excelencias de aquella Eloquentia tan sublime, y magnífica de que han usado, y aun todavía usan algunos insignes Predicadores del Evangelio. Admirable fuerza (nadie lo puede negar) tiene esta para instruir, deleytar, y mover á los oyentes, y para persuadir al Christiano los deberes, y obligaciones de su vocacion, á fin de pasar aquí una santa vida, y conseguir despues la eterna. Seme-

jantes Oradores cumplen grandemente lo que escribió Ciceron, quando dixo: *Optimus est Orator, qui dicendo animos audientium, & docet, & delectat, & permovet. Docere debitum est; delectare honorarium; permovere necessarium* (a). Adviértense tambien felices efectos de esta artificiosa Eloquencia en la conversion, y enmienda de los malos, y en la mayor perfeccion de los buenos. Injusto, é ingrato seria el que no la estimase en mucho, y el que no la colmase de alabanzas. Con todo eso pienso no se me impedirá el poner en comparacion suya la otra Eloquencia que llamamos Popular, á fin de conocer qual de ellas sea mas conveniente, y fructuosa á la República Christiana. Conviene, pues,

(a) *Cicer. de Optimo genere Oratorum.*

notar que es lo que el sagrado Orador se propone al formar sus Pláticas, Homilias, ó Sermones. No otra cosa á la verdad, que lo que nos ha dicho el Orador Romano. A este blanco se dirigen una, y otra Eloquencia. Su intencion es el enseñar, recordar, y repetir las celestiales máximas de la ley de Christo, y mover los ánimos para practicarlas en las acciones de la vida. No tienen, ni deben tener otra mira que esta los sagrados Ministros, y para obtenerla ponen en exercicio razones, autoridad, figuras, y todas las facultades de su ingenio. El deleytar no es de necesidad, y solamente puede ser util para hacer mas gratas las instrucciones, y las razones, de las quales, como de otras tantas baterias, se valen para bloquear el co-

razon del hombre. Antes del año 1600 se decia de tres famosos Predicadores, que el Padre Toledo de la Compañia de Jesus, y despues Cardenal, *enseñaba*: que Cornelio Musso, del Orden de Menores, *movia*; y que Francisco Panigarola, de la misma Orden, *deleytaba*. Quando este último no se hubie-
ra atrahido el Pueblo (como en efecto se le atrahia) con otra cosa que con su estilo deleytable, con descripciones amenas, con agudezas, y otros esfuerzos de ingenio, vana hubiera sido su gloria; porque el placer no debe ser el fin del Orador, sino un condimento secreto de las verdades, y de las razones, usado con moderacion, pues de lo contrario toda su fatiga se reduce á vanidad. Y no faltó quien por esta razon atribuyese

semejante defecto al Panigarola, como se puede ver en la Pinacoteca de Juan Nicio Erythæo, sin embargo de que no faltaba en él un buen fondo de ciencia; y que tambien se pudiera atribuir á su admirable accion el placer principal, que sacaba la gente de sus discursos. Lo cierto es, que los dos primeros daban mejor en el blanco, porque al fin el oficio de los Predicadores no consiste en enviar gustoso al Pueblo, habiéndole hecho oir cosas agradables; sino en promover con fuerza, y seriedad la enmienda de las costumbres.

Esto supuesto, para que se pueda esperar fruto de los sagrados discursos, es necesario que los oyentes esten dotados de tal capacidad, que puedan entender al que les comunica la palabra de Dios,

é intenta enseñarlos , y conducirlos al amor del bien , y al aborrecimiento del mal moral. En las personas de buena inteligencia podrán hacer impresion las verdades eternas predicadas con viveza , y vigor de discurso, porque son comprendidas , y del entendimiento pueden pasar fácilmente al corazón. No sucede así con aquellos, que asistiendo á los Sermones sin tintura alguna de letras, ni de ciencias , y nada acostumbrados á la especulacion , oyen á un Orador, que habla en language elevado , y diferente del regular : que extiende sutiles reflexiones , modos de decir figurados ; y que trata de materias remotísimas de los sentidos. Es verdad que están presentes con su cuerpo al ingenioso discurso , y que resuena en sus oídos su

voz ; pero es aquel un language tan extraño para ellos , que no puede penetrar sus embotados entendimientos. Por esta razon se puede decir con libertad , que el Orador magnífico fabrica para los doctos , mas no para los ignorantes. Nobles Predicadores , insignes Sermones se oyen de gran tiempo á esta parte en el Palacio Apostólico. Tales fueron el susodicho P. Toledo , el P. Oliva , y el Padre Séñeri el viejo : el P. Casini , despues Cardenal : el P. Barberini , despues Arzobispo de Ferrara ; y ahora el P. Miguel Angel Franceschi , todos tres del Orden de Capuchinos. Está bien el aparato de una Eloquencia sublime para aquel magestuoso Cónclave , todo compuesto de ilustres Personages de literatura , y de elevados entendi-

mientos. Así como todo es allí adaptado á la comprehension de los oyentes, así ningun período, ninguna razon se usa, que no haga, ó pueda hacer impresion en su interior. Pero es indubitable que si semejante Eloqüencia se comunica á cabezas ignorantes, no penetrará en ellas. ¿Quereis que la semilla esparcida en un terreno pedregoso llegue á crecer, y dar fruto? Por consiguiente la mira principal del sagrado Orador debe ser el reflexionar bien á quien tiene que hablar, y el repetirse á sí mismo muchas veces esta máxima: mi oficio es instruir tanto á los doctos, quanto á los ignorantes: si mi auditorio está compuesto solamente de doctos, por mas que yo eleve mi discurso, y suelte la rienda á mi ingenio, me entenderán: si ha-

blo á ignorantes, solamente dicta la razon que me humille, y me haga niño para ser entendido de los niños. Mas si concurren á oírme tanto doctos, como ignorantes: qué es lo que debo de hacer?

CAPITULO IV.

Que quando se predica al Pueblo en las Ciudades, se debe anteponer regularmente la Eloqüencia popular á la sublime.

En las Ciudades, y otras crecidas poblaciones es costumbre, que una gran parte del Pueblo concurrá á oír la palabra de Dios en las Catedrales, y en otras Iglesias principales, y Parroquiales. Ingenios todos de diverso calibre son los que van á prestar su atención al Minis-

tro de Dios, como enfermos al Médico con el deseo de sanar. Quien hay que lleva llagas advertidas, ó no advertidas de pecados; quien floxedad, y tibieza en la vida espiritual; y todos la necesidad de la instruccion, jamas bastantemente reiterada, y repetida, para guardarse de las caídas, y para conocer, y libertarse de las fiebres del alma. Mas entre tanta gente apenas hay una tercera parte de literatos, é inteligentes: lo demas se compone de hombres sin letras, esto es, de ignorantes, que no llegan á comprehender la mitad de aquellos ingeniosos discursos: que no saben desenvolver aquellos tan enredosos períodos: que en muchos lugares no llegan á entender el significado de muchas palabras, y frases, á causa de

ser extrañas de su particular dialecto, especialmente si son trasladadas, llegando tal vez alguno al exceso de hacer hablar la prosa con estilo poético, como imitando en esto la vanidad mugeril, la qual se imagina parecer mas bella, quanto sus adornos son mas nuevos, y mas extraños. Reparad hasta donde se extiende el saber de las mugeres, que por lo comun forman la mitad de un auditorio. Poquísimas me mostrareis, que ademas de saber leer, y escribir, tengan tintura alguna de las ciencias. No suele ser mas rica, y afortunada una gran parte de la plebe de los hombres, que asiste tambien al Templo para aprender las obligaciones del Christiano. Preguntad ahora al sublime Orador: qué intencion sea la suya en decir á

este Pueblo tan diverso, un discurso tan elevado? Caso que piense promover el provecho espiritual de todos estos oyentes, plegue á Dios, que el efecto corresponda al deseo. El manjar, que indiferentemente presenta á todo su auditorio, es manjar fuerte. Lo mascara, y digerirá con facilidad una tercera parte de los oyentes, siendo, como suponemos, inteligentes; pero no alcanza á ello el estómago de las otras dos terceras partes á causa de ser ignorantes. Estos necesitan de leche, ó de otro alimento ligero, y proporcionado á la debilidad de su estómago, pues lo contrario es saciar el apetito de pocos, y dexar en ayunas á los mas de los oyentes; los quales van sí recogiendo lo poco que pueden de aquel discurso ingenioso; pero

al fin conocen, y confiesan, que no se ha hecho para ellos, sino para quien goza mayor privilegio, y capacidad de ingenio.

Esto supuesto, hemos de ver si será razonable, y útil el usar antes de la popular, que de la sublime eloquencia, con un auditorio igualmente compuesto de doctos, é ignorantes. Al modo que Dios no es aceptador de personas, tampoco deben serlo sus Ministros. No puede agradar á nuestro comun Padre Celestial, que sus sagrados Ministros empleen su eloquencia en dar gusto, y complacer solamente al concurso de nobles, y literatos, descuidándose entretanto de la muchedumbre mas numerosa de los pobres ignorantes. ¿Pesa acaso mas por sí misma en la balanza de Dios el alma de un

rico, que la de un pobre? Imaginen, pues, tan eloqüentes Oradores, que el Supremo Señor podrá alguna vez pedirles cuenta de tanto esfuerzo de sus ingenios para enseñar, y corregir el pequeño número de los inteligentes, sin tomarse igual empeño en instruir, y enmendar la abundancia excesivamente mayor de los que comprenden poco. Estos Oradores desearán tener un numeroso auditorio á sus sermones; pero han de tener entendido, que muchos, y muchas se abstienen de frecuentar su escuela, no por otra razon, sino porque aunque oyen la palabra de Dios, no la entienden: *Audientes non audiunt, neque intelligunt* (a); y esto no por culpa suya, ó castigo de Dios, sino por de-

(a) *Matth. cap. 13. v. 13.*

fecto de quien los habla, no dexándose entender. ¿De qué sirve, dicen estos, ir á recalentar aquellos bancos, ó á estarse en pie una hora, para recibir un alimento, que no se ha hecho para nosotros? No espere semejante acogimiento el Orador, que debiendo sembrar el grano Evangélico sobre un pueblo compuesto, no solo de doctos, sino tambien de una grande mezcla de gente falta de letras, se sirve de la eloqüencia popular, esto es, de una doctrina, y modo de decir, que llega, ó puede llegar á promover el provecho de todos. Dios, que nos quiere hablar por medio de sus Predicadores, desea sin duda que se toque al corazon de los doctos, y de los ignorantes igualmente; y que por tanto se use de un lenguaje conocido para

instruir al entendimiento, y para vencer el corazón de cada uno. Si nos hubieran quedado los sermones que hacia el iluminado Apóstol de las Gentes, hallaríamos que puntualmente exercia de este modo su sagrado ministerio. Por esta razon decia: *Græcis, & Barbaris, sapientibus, & insipientibus debitor sum*: ¡Oxalá que ninguno de los sagrados Ministros se olvidase de este saludable axioma!

CAPITULO V.

Que la eloqüencia popular puede tener la virtud de aprovechar, y agradar tanto á los sublimes, como á los infimos entendimientos.

Es muy de creer que la mayor parte de los sublimes Oradores no

tiene otra intencion quando forma sus sermones, que la espiritual utilidad de sus oyentes, y que fuera de todo vano deseo de alabanza sutaliza su ingenio, á fin de hallar los modos mas fuertes, y deleytables para conseguir este tan laudable objeto. No obstante puede muy bien suceder que haya alguno que no repare bastantemente en un interior, y secreto movimiento del amor propio, que les excita á procurarse alguna fama por medio de aquellas sus tan estudiadas tareas. Acaso gustaria de que se dixese: este es un grande ingenio. ¡Qué bellamente piensa este profundo, é ingenioso Orador! A mas de uno de estos he conocido yo en mi juventud. Sahu-maban (digamoslo así) sus discursos con ambar, y algalia, esto

es, con agudezas, y metáforas muy escogidas: hacían quedar estáticos á los oyentes con la viveza de sus descripciones, y pinturas, ya fuesen cosas, ya acciones. Por todas partes sobresalía la sutileza de su entendimiento, y la gallardía de su fantasía. Si hay en el dia alguno de estos desperdiciadores de su fecundísimo ingenio, no os lo podré yo decir. Lo que sé bien es, que el fruto de unos sermones alterados con tan grande ornato suele ser corto, si es que se saca alguno. Los mas del pueblo de los oyentes no llegan á comprender por su debilidad el significado de aquellos tan adornados pensamientos. Y el que lo entiende se detiene en gustar, y admirar el ingenio del Orador, que hace en él grande impresión, y poco, ó

nada atiende al fin principal por que se instituyó la predicacion del Evangelio. Hallamos sin duda en nuestros dias reformado el gusto de los sagrados Oradores. Su lenguaje es mas sólido, y mas serio, y no se dexa ver el ingenio en sus discursos tan á las claras como otras veces. Con todo eso era menester saber si se vale alguno de ellos de algun medio para ocultar inconsideradamente el deseo de darse á conocer por excelente ingenio. Lo que parece es, que hallandose un Orador en puesto tan elevado, solo atiende á complacer á los ingenios nada vulgares, abandonando el cuidado de agrandar al mismo tiempo al vulgo; porque si quisiera dar gusto tambien á las personas de la infima clase, le seria preciso humillar el estillo, perdiendo

el mérito de tratar solamente con los nobles ingenios. El quiere, é intenta parecer una aguilá, y no ya un despreciable paxarillo, que barbe el suelo con sus alas. Por esta razon sería bueno que todo el que está destinado al púlpito se examinase sobre este punto, reflexionando si mas por deseo de su propia gloria, que por la de Dios, y bien del próximo, se aplica á tan fatigoso, y santo exercicio. Bien puede ser que se halle cierto impulso de amor propio en aquel que descuidándose de hacerse comprehender del mediano pueblo, intenta solo agradar á la superior gerarquía de los sublimes entendimientos.

Fuera de todo esto, podemos en el dña mostrar muchísimos, que enteramente separados de todos sus

párriculares intereses, llevan al púlpito sola aquella eloquencia que puede aprovechar tanto al docto, quanto al ignorante oyente. No intentan estos, antes bien aborrecen, que al salir de la Iglesia vaya diciendo la gente: ¡qué grande ingenio es el de este Predicador! Su único deseo es, que despues del sermón salgan todos con la cabeza humilde, y puedan decir: este Orador *(a)* *verba aeterna vite habet*, nos da bien á entender lo que nos conduce á la vida eterna. Es culpa nuestra si no nos aprovechamos de tan claras, y eficaces lecciones de la voluntad de Dios. Sin embargo de que semejantes Predicadores no intentan en manera alguna lograr la fama, y alabanzas de los hombres, con todo inme-

(a) *Jóann. cap. 6. v. 69. an sol e uerbi*

diatamente, aunque ellos no quieran, les sigue la gloria, y el aplauso. Dadme uno que predique con zelo, con gracia, y eloquencia inteligible á todos, que desmenuce la doctrina del Señor, instruyendo en ella á los ignorantes, y reiterándola á los doctos, que descubra á todos sus interiores defectos con advertido exámen de las regulares costumbres, vereis concurrir en tropel á oírle personas de todas clases, y ensalzarle como Médico enviado de Dios para curar las enfermedades espirituales de todos. No alabarán quizás su ingenio; pero sí elogiarán aquel fervor, y aquella lengua, que á todos habla, de todos se hace comprehender, y sin hacer demostracion alguna de su ingenio, únicamente se dirige á corregir á los malos, y á hacer mejo-

res á los buenos. Esta es la verdadera, y esencial fama, á la qual (si es que alguna desean) deben de aspirar los Predicadores del Evangelio, siendo superficial, y vana la del que solamente mendiga el aplauso de aquellos que únicamente se pagan de los dichos sublimes, é ingeniosos. Por otra parte tambien la popular eloquencia puede contener grande ingenio, y el que mas abunde en él conseguirá aprovechar, y agradar mas al auditorio: oculto será el arte, pero manifesto el provecho de todos. ¿Qué cabezas son las de aquellos, que dicen: *Loquimini nobis placentia* (a)? queremos oír cosas que nos deleyten, oraciones, que nada tengan de trivial, sublimes pensamientos, vivas reflexiones,

(a) *Isaie cap. 30. v. 10.*

truenos, relámpagos, y rayos. Los buenos, y verdaderos Christianos buscan quien cure su espíritu, y no quien excite la ambicion de su entendimiento, por cuya razon al que usa de una eficaz eloqüencia popular, con igual solicitud suelen concurrir doctos, é ignorantes, porque cada uno encuentra allí aquel sustento de que necesita su vida espiritual.

¿Quereis ahora palpar la preferencia, que merece esta eloqüencia sobre la sublime? Pues notad algunos sabios Predicadores. Despues de haber remontado sus sublimes vuelos en la primera parte de sus fatigas, y hecho admirar la elevacion de su talento á aquellos pocos dichosos, que pueden seguirlos tan alto, humanizándose en la segunda parte, se humillan hasta

la tierra, y comienzan á hablar familiarmente con el pueblo que los escucha. Aquí es donde grandes, y pequeños se sienten tocar en el pulso, y llega la medicina al corazon de todos. Aquí es donde cada uno aprovecha, llevando dentro de sí aquellos santos, y bien entendidos recuerdos, proferidos no por la vanagloria del ingenio, sino por el paternal corazon del Ministro de Dios, y el gusto de haber gozado no ya la deliciosa vista de un hermoso jardin, sino de haberse alimentado en un saludable convite? Pues á qué vendrá el no formar tambien con este gusto el exórdio, y la primera parte, que es tan prolixa, y en la que se contiene la instruccion tan necesaria á todos? Reparad lo segundo en los ejercicios espirituales santa-

mente introducidos, y practicados en la Iglesia de Dios. Concurren á ellos doctos, é ignorantes, y mas fruto por lo regular se recoge en estos, que en los sermones; De donde proviene esto? De que en los ejercicios espirituales solamente se usa de un discurso inteligible á todos, y en ellos se presentan con claridad las verdades de que cada uno necesita, y no ya enredadas, y tal vez sufocadas con tanto exceso, y adorno de palabras. No faltará quien aquí se ria, y diga: pues que ¿no ha de haber diferencia entre el predicar del púlpito, y un discurso familiar de un retiro devoto? Sí señor, que ha de haberla. No se trata aquí de excluir del púlpito, antes bien se desea en él la eloqüencia. Pero qual? No la que aspira á adquirirse crédi-

o entre los doctos, y dexa en blanco la corta inteligencia de los mas del pueblo, sino aquella que está tan juiciosamente moderada, que conduce, ó puede conducir así al sublime, como al ínfimo pueblo al amor y temor de Dios, y á la consecucion de las virtudes. Tambien aquí puede, y debe entrar el ingenio, el estudio, y la industria del sagrado Orador, como diremos mas abaxo. Y aun no será mucha osadía el decir, que siendo bastante difícil el dar gusto, y aprovechar con un discurso mismo á los sabios, y á los ignorantes, se requiere mas ingenio para conseguir estos dos bienes, que para intentar el dar gusto, y aprovechar solo á los inteligentes.

CAPITULO VI.

Que los preceptos de la Retórica no se conforman con la sublime eloqüencia, aunque sí con la popular.

Todo aquel que dotado de feliz disposicion se aplica al sagrado empleo de la Oratoria, suele primeramente consultar á los antiguos Maestros de la Retórica, Aristóteles, Demetrio Falereo, Dionisio Halicarnaseo, Ciceron, Quintiliano, y otros; pero con mas freqüencia alguna Retórica de escritores modernos. ¡Ah infeliz, si tropieza con alguna de aquellas, que enseñan el mal gusto! Y oh que feliz por el contrario si encuentra con otras compuestas por personas de exquisito juicio! Es ne-

cesario ahora observar, que los preceptos de los antiguos versaban, como todos saben, acerca de tres géneros de causas, y eran el *deliberativo*, que consiste en persuadir, ó disuadir alguna cosa: el *judicial* para acusar, ó defender alguna persona, ó accion; y el *demonstrativo* para alabar, ó vituperar á un tercero. No necesita la sagrada eloqüencia del género *judicial*, porque no es oficio suyo el tomar acusacion, ó defensa de determinadas personas, y mucho menos el pervertir con los artificios al que oye, ó debe juzgar, como hacian los atrevidos Oradores Griegos, y Latinos. El género *demonstrativo* le conviene para los Panegíricos, de los quales poco deseo tengo de hablar. El ordinario empleo de nuestros Predicadores consiste en el

género *deliberativo*, esto es, en procurar persuadir al pueblo las virtudes convenientes al Christiano, y al hombre de bien, y en hacerles aborrecer el vicio. En todo sermón ha de entrar también la *instructiva*, y hay sermones que únicamente se convierten en explicar al pueblo algun artículo de la Religión, ó dogma de Fé. Tres cosas, dicen los Maestros, debemos de considerar: quien es el que dice, que es lo que dice, y á quien habla. Es cierto que el Predicador es un Ministro enviado por Dios, para exponer, persuadir, y repetir las verdades, y preceptos de nuestra santa ley. ¿Y á quién? Al pueblo. De quienes se componga este, ya lo hemos dicho, y repetido. ¿Pues cómo se desatiende á la mayor parte de él, por ganarse la

estimación, y buscar el provecho de unos pocos solamente? Preguntando Quintiliano, si en las *Oraçiones suasorias* basta el persuadir lo útil sin considerar al mismo tiempo lo honesto, escribe así (a): *Apud imperitos, apud quos frequenter dicenda sententia est, populumque precipue, qui ex pluribus constat indoctis, discernenda sunt hæc, & secundum communes magis intellectus loquendum.* Pero si echais á este pueblo abstrusas reflexiones, y doctrinas, y os valeis de palabras, y frases distantes de la comun inteligencia, ¿qué aprovechamiento podeis esperar de gente, que no llega á entenderos?

Añádase á esto, que todos los Maestros del bien decir requieren

(a) *Quintilianus lib. 3. cap. 8.*

en los discursos de los Oradores la *perspicuidad*, esto es, la claridad. Ved aquí lo que escribe el Príncipe de los Romanos Oradores, y repite el dicho Quintiliano, quando dice (a): *Atqui satis aperte Cicero præceperat, in dicendo vitium vel maximum esse, à vulgari genere orationis, atque à consuetudine communis sensus abhorre- re.* Por tanto deben atender los ingeniosos Predicadores qual sea su estilo, si tan adornado, tan realzado en los períodos, tan elevado en los sentimientos, que se separe de la comun inteligencia. Y quando fuese así, nieguen, si es que pueden, *vitium hoc vel maximum esse*, que este no es un grave defecto suyo. Vean si se puede decir de ellos lo que el mismo Maes-

(a) *Idem in Proæmio lib. 8.*

tro escribe en sus Instituciones: *Quod rectè dici potest, circumimus amore verborum; & quod satis dictum est, repetimus; & quod uno verbo patet, pluribus oneramus; & pleraque significare melius putamus, quam dicere: Quid? quod nihil jam proprium placet, dum parùm creditur disertum, quod & alius dixisset.* Y despues añade (a): *At ego otiosum sermonem dixerim, quem auditor suo ingenio non intelligit.* Por esto desea él, que no falte la claridad en los discursos del Orador, y que se usen palabras propias, y entendidas de todos, porque de este modo su discurso será aprobado de las personas doctas, y será al mismo tiempo util á los ignorantes. Por esta razon jamas será segun las re-

(a) *Idem cap. 2. col. 2. n. 1. sup. sup. di*

glas de la verdadera eloquencia la costumbre de aquellos, que en lugar de adaptarse al debil entendimiento de tantos oyentes, parece, que no estudian en otra cosa que en obscurecer los asuntos, hablando en ellos con tal finura de ingenio, que solos los doctos los comprehenden, pues parece que se avergüenzan de dexarse entender tambien de la pobre gente. Pues sepan que no tienen estos menor derecho que los sabios á la palabra de Dios.

Tanto mas debe el Predicador Christiano reconocer en este punto la obligacion de su eloquencia, porque los Oradores Paganos dirigian todo su zelo en las causas judiciales para vencer á los Jueces, y en las suasorias para persuadir lo que querian á los mayores del

pueblo. Si obtenian este fin, bien habian empleado su industriosa elegancia. Mas en el auditorio de los fieles Christianos el Predicador zeloso, quando habla á todos, debe atender á hablar á cada uno en particular, como si no hubiera mas que aquel solo que le escuchase, pues á este fin concurre qualquiera persona al sermon, esto es, para instruirse en la ley del Señor, para moverse al bien, y contenerse, ó separarse del mal. A la verdad, que el que con la elevacion de sus discursos no cuida de ser entendido, sino de aquellos á quienes asiste un ingenio vigoroso, hace traicion al intento de Dios, á su obligacion, y á la necesidad de no pequeña parte de sus oyentes. Por esto San Agustin enseñando á los sagrados Oradores su empleo, les

encomienda especialmente la evidencia, y la claridad para hacerse entender de todos: *Quid enim prodest*, dice él, *dictionis integritas, quam non sequitur intellectus audientis, cum loquendi omnino nulla sit causa, si quod loquimur non intelligunt, propter quos, ut intelligant, loquimur?* Despues sigue diciendo, que el mejor modo de enseñar es, *ut qui audit, verum audiat, & quod audit, intelligat.* Si se puede obtener esto con grandes períodos, con modos tan escogidos de decir, con tantas sutilezas, ó ingeniosas obscuridades de la magestuosa sublime eloqüencia, preguntadlo al ínfimo pueblo, que sin embargo de estar atento al sermón, no ha comprendido quizás la mitad, y aun sale tal vez sin saber deciros siquiera, qual

ha sido su asunto. Con la eloqüencia popular sí que se puede esperar tanto bien. Esta es una llave muy á propósito para abrir el corazón de todos, porque con ella facilmente se insinúan las palabras, las instrucciones, y las razones en el entendimiento de cada uno.

CAPITULO VII.

Que el ingenio, y el placer pueden tener lugar aun en la eloqüencia popular.

Quando se trata de la eloqüencia popular, que ha de usarse en el púlpito, no se piense alguno, que esta debe consistir en un tosco discurso, que desprecie todo adorno, y que nada cuide de deleytar al que le escucha. Si se ha de llamar eloqüencia, es preciso que e se vis-

ta con aquellos vestidos, que prescribe el arte Retórica; con sola esta diferencia de la sublime, que la popular debe formar de tal manera sus discursos, que pueda instruir, y mover á grandes, y á pequeños, esto es, á cada uno del pueblo de los oyentes; en lugar de que la otra parece no tiene otro fin que instruir, y mover á los grandes, es decir, á solos los inteligentes, que no son regularmente muchísimos. También convienen á esta todas las figuras oratorias, el modo adornado de decir, la distribución de las razones, y la inventiva. Ha de trabajar el ingenio, pero sin manifestarse. Como pueda hacerse esto no podré yo explicarlo mejor, que con decir, que se debe hacer reflexión en el discurso familiar de los hombres,

quando emprenden enseñar, y dar advertencias al que las necesita, ó en corregir sus pasiones, malas inclinaciones, ó errores manifiestos, ó en fortalecerlos para que se abstengan de ellos, como acostumbran hacer los sabios padres con los hijos, los buenos superiores con los inferiores. Todo el cuidado del sagrado, é ingenioso Orador ha de ser el de perfeccionar este familiar discurso, estudiando lo que tiene mas fuerza, y mas gracia para imprimir lo que pretende en el que le oye. Del mismo modo que hablaria no un hombre del vulgo, sino una persona de grande juicio, y de fecundo ingenio enseñando, exhortando, ó reprehendiendo á otro en un particular discurso, ha de formar también el Predicador en quanto sea posible

su razonamiento al pueblo, siendo este, aunque familiar, substancioso, vigoroso, y sobre todo explicado con hermosa perspicuidad, y claridad, esto es, con sentimientos, y frases nobles, pero entendidas de todos: no dudeis que moverá al mismo tiempo á los sublimes, é ínfimos entendimientos, tanto al docto, como al ignorante. Que esta universal ventaja no pueda esperarse de aquel que se presenta en el púlpito solamente con la pompa de la sublime eloqüencia, ya lo hemos visto. Este solo distribuye los tesoros de su ingenio á los que están provistos de ingenio. Piensa que habla con todos, pero mas de la mitad del auditorio se pone á bostezar, á causa de que aquellas profundas sentencias, y palabras no llegan á

su inteligencia, ni mueven su corazón.

Por lo que toca al deleytar, no hay duda alguna, que tambien la popular eloqüencia, manejada por habiles ingenios, puede causar placer á toda clase de personas. Dos son los gustos que se pueden experimentar quando se oye predicar la palabra de Dios. El primero consiste en observar los bellos adornos, con que el sagrado Ministro la presenta al pueblo, las ingeniosas reflexiones, los hermosos, y numerosos períodos, las vivas pinturas de las cosas, y otros artificios suyos, que hacen decir en secreto al oyente inteligente: ¡qué grande hombre es este, viva! El otro gusto es aquel que se experimenta al sentir que el Predicador os ha iluminado, os ha convencido

do, y os ha movido con provecho de vuestra alma. Si no se saca otro gusto que el primero, ya se ha perdido el sermón. ¿De qué sirve el ir á oírle solamente por la vanidad de gustar, y admirar el ingenio del Predicador? Solo con el fin de aprender la ley del Señor, de hacerse bueno, ó mejor, ó de dexar de ser malo, se debe prestar el oído á los Predicadores Evangélicos. Si esto se logra, muy justo, y muy sólido es entonces el placer. Con mayor facilidad aún se puede obtener este bien del Orador popular, porque él, si cumple con su oficio, aun quando use de un grande ingenio, no lo da á conocer, y todos advierten la fuerza, y claridad de su decir, sin distraerse por la consideracion de los esplendores, ó brillantes del in-

genioso Orador. El ingenio descubierta puede muy bien causar detrimento, porque la atencion del oyente se detiene en mirar con reflexion aquel adorno, y no atiende á lo que importa, esto es, á la substancia del sagrado discurso. Tambien podria suceder, que ocupándose el mismo Orador en llenar de ingeniosas expresiones, y donayres su discurso, deleytáse ciertamente al que le oye, pero no consiguiere aquel fin primario, y esencial, que debiera prefixarse todo el que ha sido elegido para tan importante ministerio. Ahí tenemos los sermones de San Pedro Crisólogo. Este Padre tiene claridad con que se dexa entender de todos, porque se sirve de un estilo conciso, de sentencias naturales, y de explicaciones muy ido-

neas de las divinas Escrituras. Sin embargo, habiendo él puesto todo su conato en hacer florido aquel su estilo con contrapuestas, é ingeniosas reflexiones, y estas continuadas de principio á cabo, acertó, sí á deleytar mucho á sus oyentes, mas parece que no tanto á dirigir con fuerza las verdades, y á mover su corazon. Se adquirió verdaderamente el título de *Crisólogo*, esto es, de *pico de oro*; pero se puede dudar por qué lo mereció. Aquel querer usar tanto de conceptos, y con paso siempre uniforme, es un dulce, que sacia presto, y viene á parar en fastidio. No sé por que algunos refirieron que en el sermón treinta y cinco de la *muger que padecia el flujo de sangre* habló con tal vehemencia al pueblo, que perdida la

voz quedó mudo, sacando esto del sermón 86. Nada de esto resulta de los mismos sermones; pero sí permaneció sin predicar algunos dias por otra causa. Por tanto el sermón popular no se ha de perder en afectaciones de ingenio, sino contenerse en lo sólido inteligible. Habrá en lo interior de él grande arte, y grande ingenio, mas no lo suele conocer el oyente: solo á los Maestros ha de estar reservado el conocer quanta sea la finura de aquel trabajo. Puede observarse esta hermosa ventaja en los sermones del P. Carlos Ambrosio Cataneo, formados con popular eloqüencia. Llano, y familiar es su estilo, pero instruye, mueve, y deleyta á qualquiera. Os parecería á vosotros poder hacer otro tanto si predicarais; pues en las

pruebas os hallarais frustrados. Tambien el P. Pablo Séñeri el joven, como hice ver en su vida, no usaba otro estilo que el popular; y con todo predicando al ínfimo pueblo, arrebatava tambien el corazon de los mas elevados ingenios.

CAPITULO VIII.

Que los principales Padres de la Iglesia prefirieron la popular eloqüencia á la sublime.

NO es invencion de mi debil ingenio el proponer una eloqüencia que conduce al amor de Dios, y de las virtudes, sino el mismo método de predicar la divina palabra, que practicaron los mas célebres Padres de la Iglesia de Dios. Entre ellos escojo tres, á saber, San Basilio, San Juan Crisóstomo,

y San Agustin, todos maravillosos ingenios. Si hubieran querido estos seguir el rumbo de la sublime eloqüencia, ¿qué no hubieran podido hacer? San Basilio habia estudiado la eloqüencia con Libanio, y en Atenas. El Crisóstomo pasó desde el foro á la Iglesia, y al sagrado púlpito. Es notorio que Agustino fué Maestro de Retórica, y de ingenio tan estupendo, que delante de él cede la soberbia de todo el que se reputa por muy ingenioso: ¿mas de qué modo daban ellos al pueblo los documentos del recto, y christiano vivir? No con la excelencia en el decir, ni con elevarse sobre el comun entendimiento de los oyentes, sino con tales razones, y palabras, que qualquiera podia sacar aprovechamiento. Los autores de sus vidas,